

Mi abuela Ana vestía de rojo y medias blancas, conocía mucha gente, sus cumpleaños siempre estaban llenos de comida, risas, regalos y personas que me decían: “¡qué grande estás!”... Era muy chica para entender lo que era una “dama de rojo”, pero deducía que ese era el motivo porque mi abuela tenía tantas amistades en todos lados. Crecí y comprendí la labor que ejercía, pasaron años para asimilar mi sentido social y de ayuda que venían arraigados por ella. Conocer el pasado y la vida de mis abuelas fue la mejor manera de saber que hay cosas que se heredan, se llevan en la sangre y permanecen.

Me explicaron que la “awelana” visitaba enfermos en los hospitales, les acompañaba en sus dificultades, en los últimos días. Fue voluntaria muchos años, no sólo los ayudaba, lo hacía con sus familias, y al ser una persona muy religiosa les brindaba consuelo espiritual.

La recuerdo con mucho cariño, con su risa estruendosa (igual que la mía) y su buen humor. Su casa que en otoño e invierno olía a manzanas asadas porque las ponía sobre la estufa a parafina o en un rincón de la chimenea, siempre me fue acogedor su sillón, y ese gordo sofá. Hacía un queque increíble, todavía puedo saborearlo en mis recuerdos, lo preparaba en un molde viejo y le quedaba con una costra azucarada deliciosa, puedo recordar ese aroma todavía.

Me enseñó a hacer su famoso navegado, infaltable en los Santa Ana, porque no celebraba su cumpleaños, lo movió para cada 26 de julio. Suelo hacer este san navegado para mis cumpleaños en invierno u otoño cuando quiero sentir ese calorcito especial.

La veo en su jardín, recogiendo limones, cuidando sus plantas, sus rosas. Las rosas me recuerdan a ella, tenía sus espinas (como todas) pero con belleza innegable.

La siento en tener un hogar cálido, acogedor, con comida rica y muchos aromas embriagando cada rincón. La veo en las rosas del jardín, en la frescura de las palabras, en las cosas sin mayor importancia que le daban vergüenza, pero que a mí me hacían reír. Está en los sombreros grandes playeros, en los aperitivos antes de almorzar y en los zapatos blancos que suelo mirar.

Tuvo dos hijos, una hija, dos nietas y cinco nietos. Los conoció a todos en vida, les vió crecer y siempre faltaba alguien para sacar esa foto anhelada con todos juntos. Hace poco se casó mi tía, su única hija, espero que estés flechada y feliz, porque tenemos al fin esa foto, todos juntos en el matrimonio.

Mi abuela Ana María (como creía) Ana perica (como le decían) Ana Edelmira (como era) Awela Ana (como siempre le dije) pasó a otra vida hace años, rodeada de sus cercanos, casi sin voz, lamentablemente, pero con una pizarra que recuerdo nítidamente que decía: “Te quiero mucho”, mi consuelo es que lo último que escuchó de mí fue: “yo también te quiero mucho”.

Su sentido social cala en mis venas, la compasión, la ayuda que brindó por años. Vive en mí, en las rosas, en la risa.

Por siempre

Ana Silva.

Por su nieta

Tamara Zamorano.

Rancagua, Chile, Diciembre 2023.